

RAPACES

© Ignacio González Orozco 2014
editado por Moixonía
Palma de Mallorca
Dep. Legal: 984-2014
ISBN: 978-84-942220-2-3

RAPACES

Ignacio González Orozco



Para Caterina, porque sin ella no habría literatura.

*Seguro que existe quien sabe más que nosotros
pero no habla; si abriera la boca sabríamos
que todas las batallas son iguales
para quien tiene los ojos cerrados y algodón en los oídos.*

Eugenio Montale

«Excmo. Sr. Presidente del Círculo Científico Insular, Ilmos. Sres. Académicos; señoras y señores:

Representa para mí un gran honor, pero sobre todo una inmensa responsabilidad, ingresar en el día de hoy en esta noble institución científica con más de medio siglo ya de existencia, la misma entidad a la que han pertenecido y pertenecen tantos hombres de ciencia notables, distinguidos con muchos más méritos que quien ahora se dirige a Vds. Por lo tanto, mis primeras palabras son de consideración y agradecimiento hacia (...)

La mayor preocupación que un nuevo miembro de la institución puede albergar, a la hora de plantear, preparar y redactar su discurso de ingreso, no puede ser otra que la de colmar las expectativas puestas en su aportación al tesoro de conocimientos de esta casa común. Con tal fin he orientado las presentes líneas a resumir la que ha sido principal ocupación de mi trabajo investigador desde sus inicios en la década de 1970: la vida y milagros –si me permiten la expresión vulgar, porque mucho de fantástico parece atesorar cuanto la ciencia ha sancionado como real– de la más atractiva de las especies de rapaz del área mediterránea, el Falco rex.

Falco rex, el rey de los halcones. Llamado así por los antiguos, denominación tan altanera se ha perpetuado en los cenáculos científicos de nuestro tiempo; su celebridad trascendió la admiración extática, casi infantil, que le brindaron los primeros compiladores del saber natural y hoy se contagia a los sesudos manuales de ornitología.

¿Cómo pudo omitir Plinio su mención? En la Naturalis historia lo olvida –¿lo ignora?– para sorpresa del estudioso de la historia de la ciencia. ¿Se tratará de un descuido imperdonable en autor por otra parte tan meticuloso, saciado en las fuentes gnoseológicas de la Historia animalium de Aristóteles y del De animalibus, original de Aristófanos de Bizancio, comentarista del anterior? Su propia unción compilatoria parece desmentir la hipótesis del olvido. Quizá se trate, por tanto, de una renuncia meditada. En el siglo I de nuestra era, hacía muchas generaciones que el Falco rex era objeto de culto; es decir, de habladoría, y acaso –¿por qué no?– un temprano escrípulo científico disuadió a Plinio de catalogar entre las rapaces un ente sobre el cual apenas pudo recoger oscura noticia.

Muy distinto parecer –y dispar talante, pues tan solo la curiosidad emparenta lo que el rigor del método ha separado previamente– mostró uno de los discípulos de Plinio, el griego Silvio de Rodas (55–8 d.C.), quien inaugura el libro cuarto de su monumental Rebus animalibus con la pormenorización

exultante de las dotes excepcionales del Falco rex, como si se tratara del sacerdote consagrado al culto de una deidad zoomórfica. Entre los vericuetos de su concepción mítica del universo, curiosamente aleada con una facilidad innata para la inducción, Silvio identificó en estas aves de envergadura prodigiosa, voracidad extrema y pecho blanco a la estirpe de Falcia, la maga gimnesia devoradora de hombres, que por morada tenía una caverna gigantesca de la Balearis Major. La legendaria Falcia superaba en talla al mismísimo Hércules, pero sus piernas eran tan esbeltas como el tronco de un ciprés (no sabemos si Silvio estaba engrosando el elenco de los mitos con aportaciones de su propia cosecha o, por el contrario, recogía tradiciones ya antiguas). Falcia, señora de una cohorte de rapaces que custodiaban día y noche el umbral de su morada telúrica, cautivaba a los hombres más valerosos –solo ellos tenían arrestos para aventurarse hasta sus dominios– con el espectáculo de sus pechos desnudos, que eran, según escribió Silvio, tersos y claros como el mármol mejor pulido; subyugados de admiración, el cuerpo y los sentidos licuados en la visión de aquel tesoro de perfiles torneados, los héroes se comprometían a las más abyectas acciones con tal de ser finalmente invitados al banquete de los sentidos. Falcia les hacía jurar vasallaje eterno, y los dispersaba luego a los cuatro vientos para que le cumplieran los encargos más viles: roba para mí aquella espada fundida en oro puro que tal rey luce como el más preciado de los trofeos; mata a quien un día me vituperó en público, en vez de loar mi belleza; corta la lengua y las manos del vate que se negó a cantar mis excelencias... Culminada su misión, el atónito admirador caía en el patíbulo del abrazo, para luego, inerme de amor y de gozosa renuncia, ser devorado por los pretorianos alados de la hechicera.

Así ocurrió, nos cuenta Silvio, durante un tiempo impreciso como la edad de los cielos o el ceño de las nubes, y fueron muchos los varones que perecieron tras cubrir de oprobio su memoria. Hasta que el propio Zeus decidió tomar partido en defensa de la integridad de sus predilectos, recios como una maza ante peligros y esfuerzos, capaces de ponerle un bozal al Can Cerbero si la empresa y la fama así lo requerían, pero tan maleables en el yunque del amor, a fuer de apasionados; impotentes cuando el arrebató del deseo, mil veces sofocado en aras de conquistar la gloria, emergía de las simas del cuerpo y del recuerdo con estruendo súbito de trueno.

Por sus andanzas, el padre de los dioses bien merecería el título honorífico de patriarca de crápulas y donjuanes: según la narración del rodense, Zeus se presentó ante la gruta de Falcia, dispersó las rapaces que celaban el

paraje blandiendo su rayo y penetró en las entrañas de la tierra, para derribar a la hechicera sobre su lecho de latrocinios. Cómo no, el licencioso Zeus también penetró en las entrañas de Falcia, obsequiándose con un lapso de grato esparcimiento antes de castigar las ofensas de la arpía (no en vano ansiaba deleitarse con el denso arroje que destilaban las rosas de aquellos cántaros cálidos, donde la luz del mediodía se fundía en tornasoles irisados). Saciada su sed de carne y belleza, Zeus condenó a Falcia a vagar eternamente por los cielos, perseguida por los mismos hombres a quienes había torturado con su belleza, viviendo día y noche con el temor a sentir el soplo frío del venablo estallando contra su pecho. Así fue como la bruja lasciva trocó sus ropajes livianos por el plumaje tupido que reviste al halcón. Y cual distintivo de la pasada ignominia y a la par reclamo para el montero, o tal vez como dulce recuerdo de su punidor, las plumas de la rapaz se tiñeron de blanco a la altura del pecho, vestigio de aquella claridad que en otro tiempo abrió la tenebrosa mazmorra de la muerte para tantos hombres esforzados.

Silvio de Rodas no reparó en espacio ni tuvo escrúpulos de hombre versado en el estudio racional de la ciencia natural, para narrar con toda su intensidad y crudeza la historia de la bruja Falcia. Acto seguido –y tomándolo como correlato lógico del relato anterior– enumeró los rasgos distintivos del Falco rex, así como la relación de sus conductas. Silvio reconocía no haber visto nunca una de estas aves portentosas, aunque –se excusaba– transcribió los abundantes testimonios de gentes que sí la habían contemplado, recopilados durante su prolongada estancia en las islas Baleares. De esta no parece haber duda: Silvio de Rodas fue un trotamundos infatigable que recorrió todo el orbe conocido hasta su desaparición en una expedición comercial, por siempre perdida, que pretendía adentrarse en la inmensidad de las estepas del Don desde las costas del Ponto Euxino. En Mallorca fue obsequiado con una pluma blanca de la majestuosa rapaz, larga como la hoja de un puñal según su propio testimonio, arrancada por un lugareño a un espécimen que los perros habían devorado con saña, como si su acervo genético albergase la memoria de una pendencia ancestral contra la rapaz que rondaba las villae, a decir de Silvio, en busca de animales domésticos que capturar, canes incluidos, e incluso retoños humanos.

En suma y según Silvio: el halcón de pecho blanco –pues tal es su nombre vulgar– igualaba al águila –¿a qué especie de águila se refería el rodense?– en envergadura; su denso plumaje era oscuro en todo el cuerpo, salvo la amplia mancha blanca a la altura de la caja torácica, que abarcaba

desde la base del cuello hasta el arranque de los fornidos muslos; blandía garras sobremanera poderosas, en lógica proporción con su tamaño corporal, dotadas con espolones inusuales en otras rapaces; el pico, tan cerrado en su curvatura, demostraba ser una obra maestra de la naturaleza para perforar y trinchar; destacaba también su cola, breve y muy poblada, pues nunca se replegaba por completo durante el vuelo, rasgo que le proporcionaba cierto parecido con el apéndice más común entre las águilas. Finalmente, Silvio mencionó los hábitos nocturnos del Falco rex, inusuales entre las aves de su género.

De Silvio de Rodas y su dudosa taxonomía en adelante, bien poco pudo añadirse a la descripción del Falco rex, cuyo fantasma –al fin y al cabo, ninguna otra naturaleza podía atribuírsele– siguió campeando sobre la paleta ocre y verde de la garriga y los pinares del mediodía mallorquín. El número de estas rapaces debió de rozar siempre la exigüidad salvo en lejanos momentos de apogeo, cuando una moneda bajoimperial, de seguro acuñada en las cecas de una de las dos colonias romanas de Mallorca, Palma Victrix o Pollentia, tomó como motivo ornamental para su reverso la figura mayestática del halcón de pecho blanco. Esta pieza de bronce, conservada en un museo italiano, aporta la única referencia plástica sobre tan misterioso animal. A su testimonio se sumaron nuevas y vagas referencias documentales o literaria; así el diario de a bordo del vizcaíno Esteban de Orozco, piloto de la nave que transportó al embajador castellano Ruy González de Clavijo hasta Próximo Oriente, en el año 1404 («En tanto recalábamos en el puerto de Ibiza, un rico mercader mallorquín quiso hacer donación, como presente para el gran Tamerlán, de un halcón de tamaño jamás visto por ninguno de nosotros, negro y de pecho blanco. Pero estaba enfermo, aunque su aspecto fuese lozano, y murió a las pocas jornadas de travesía»). O las incluidas en un fragmento de poema descubierto durante la década de 1960 y provisionalmente atribuido al literato mallorquín del siglo XV Arnau Descós (traducido, dice así: «no fies tu sosiego a sus ojos,/pues como el pecho blanco del halcón/esconden un corazón aleve»); en una consuetud de autor anónimo, que reza así: «Señor, salva a tus hijos del mal,/haz como el pastor que espanta con su cayado/al demonio alado de pecho blanco»; y en el glosario de un escrito menor del cronista Vicente Mut, fechado en el ecuador del siglo XVII (traducimos: «entre los rústicos del sur de la isla tiene fama de ferocidad un halcón grande en tamaño y con plumas blancas ornándole el pecho, que de anochecida ataca los animales chicos de las casas»).

No hay más datos consignados sobre el tema que nos ocupa hasta la aparición en escena del canónigo Pau de Vallfosca (1611-1666), religioso ilerdense afincado en Mallorca y a la sazón miembro del capítulo de su catedral. Transido por el espíritu cientifista de los novatores, Vallfosca invirtió buena parte de su ociosa y acomodada existencia sacerdotal en el estudio de la avifauna insular. Conocedor de la rumorología popular y, cómo no, de la obra de Silvio de Rodas, que ocupaba un lugar destacado en su biblioteca de erudito, el canónigo se sumó voluntariamente a la campaña militar que el virrey de Mallorca don Rodrigo de Borja lanzó contra los bandoleros isleños en el verano de 1666, conocida en los manuales de historia como «Persecución general». Al mando de Diego de Zúñiga, oficial valenciano de lejano parentesco con el virrey, partió de la capital insular una columna armada de medio centenar de soldados con sus respectivas cabalgaduras, con la misión de batir los campos de Ses Salines y Santanyí, para apresar o eliminar a los malhechores que los infestaban, y con el encargo especial de supeditar cualquier otra acción de castigo a la captura d'en Geneta, el más célebre de los salteadores de caminos del mediodía mallorquín, justamente temido por su osadía y crueldad. Tan huidizo había demostrado ser el tal Geneta, que en la mente cándida de los labriegos afloraba, como setas bajo la lluvia de la superstición, un temor sacrílego hacia este forajido, orlado por la fama de capacidades casi sobrenaturales.

Pau de Vallfosca, narrador ameno y hombre tan cabal como bragado, a quien los hábitos no impedían tirar de pistola o espada si la situación lo requería, iba a repartir su tiempo, con versatilidad digna de admiración, entre tres arduas tareas: la satisfacción de las necesidades espirituales de la tropa, unida a la estricta vigilancia de su moralidad (propósito hartamente complejo cuando se halla uno entre soldados); la puntual consignación de los hechos de armas en un diario de operaciones de la columna; y la redacción de un cuaderno de campo, paralelo a la crónica militar, donde anotaba sus observaciones sobre las aves que por doquier salían a su paso. Tales notas – las ornitológicas – responden con frecuencia a ese destello metafórico que las impresiones de la vista o el oído suscitan en los talentos líricos; mas no por ello carecen de interés científico, dada la ingente cantidad de datos registrados, entre ellos la descripción del Falco rex, la primera debida a un observador digno de crédito.

El descubrimiento del Falco rex, pues como tal cabe considerarlo, estuvo rodeado de circunstancias absolutamente casuales. Tres jinetes

perseguían a un secuaz En Geneta por los pinares que bordean las escolleras de Mondragó; el fugitivo, acorralado entre el bosque y el mar, quizá conociera alguna gruta horadada en la coraza rocosa donde poder refugiarse, y se lanzó a las aguas con tan mala suerte –falta de pericia provocada por la urgencia del momento– que sus piernas tropezaron contra un saliente pétreo, declinando el vuelo hacia las aristas inferiores, a ras de mar. En la caída, entre tumbo y tumbo, el bandido arrastró consigo un nido de rapaces. Y en este punto intervino el azar: al salto del infortunado respondieron disparos de mosquete, simultáneos a la aparición de un ave de gran porte que alzaba el vuelo desde su refugio en el cantil, espantada por el alboroto de la persecución. Sucedió todo en un instante fugaz, a cuya conclusión hubo un tullido a punto de ahogarse, tres mosquetes descargados y una hembra de Falco rex tendida sobre la escollera, con una de sus alas segada de cuajo por un tiro errado.

Los soldados recogieron el ave, sabedores de las aficiones de su capellán. Acerca del malhechor, la crónica oficial no hace ninguna otra mención... Tanta fue la felicidad de Vallfosca al serle obsequiado el halcón, que por un día (26 de agosto de 1666) descuidó la relación de los hechos de armas acaecidos. Hasta la siguiente jornada no recuperó el curso de la crónica militar, y aun parcialmente, pues se echa de menos su habitual prurito detallista, que trasladó a la concienzuda descripción de la hembra de Falco rex.

Si se aplican las medidas de la época a nuestro actual sistema métrico decimal, rondaba aquel ejemplar los cuatro kilos de peso, formidable para un halcón. Desplegadas sus alas, de punta a punta medían casi dos metros; su cuerpo, con 65 cm de longitud, era equiparable en volumen al de muchas especies de águila. Pico y garras se correspondían con este desarrollo corporal, propio de un coloso de los cielos. Llamó la atención del canónigo el azabache intenso de su plumaje, más denso de cuanto aventuraron las difusas referencias de Silvio de Rodas; y se hizo forzosa la alusión al pecho claro, que no blanco, grisáceo como las cenizas pálidas de una brasa, si bien con tornasoles cálidos que refulgían a la luz del mediodía, sobre el oscuro telón de cabeza y alas.

Breve dicha la del canónigo Vallfosca: dos días después de tan fortuita caza, la noche del 28 al 29 de agosto de 1666, la columna del capitán Zúñiga fue sorprendida mientras dormía y pasada a cuchillo por la partida de En Geneta, en una venta de caminos cercana a S'Alqueria de Sant Joan, pequeña población del sur de Mallorca. Vallfosca, ya entrado en años, mani-

festaba los síntomas de un cansancio intenso, como se desprende de algunas notas añadidas a su diario de campaña. Durante los días precedentes, a la fatiga se añadió el arrobo provocado por la caza del Falco rex y las ansias de regresar a la ciudad, donde podría presentar en sociedad la preciada pieza. De modo que las obligaciones como ministro castrense y sus anhelos de naturalista habían entrado en franco conflicto, pleito interior que le abocó a un estado de vacilación perpetua, sazonado con dosis poco tibias de desasosiego. Su última noche entre los vivos, Vallfosca fue incapaz de dedicar a la preciada rapaz más que unas pocas letras: «la miro con la ternura del padre que vigila el sueño de su retoño –escribió–, comprobando con maternal atención que el lecho de hielo y sal donde yace salvaguarda su hermosa naturaleza de la corrupción. Pero el agotamiento de mi cuerpo, tras una jornada de cabalgata de inusual dureza, me exige reposo para estos miembros que ya han perdido la fuerza de la juventud. Así pues, me despido hasta el día de mañana, si tal es la voluntad de Dios, cuando quiera Él que las fatigas de la campaña mengüen». No pudo ser.

No hubo supervivientes tras el sorpresivo ataque. Ni tan siquiera el cuerpo provisionalmente embalsamado en hielo y sal del Falco rex, por siempre desaparecido. De hecho, la memoria de esta rapaz volvió a entretenerse con el mito hasta finales del siglo XIX, cuando el azar quiso que un anticuario palmesano, afanado –y afamado– en el timo, mientras compraba piezas antiguas a bajo precio engañando a sus clientes aldeanos, adquiriese a un campesino de Santanyí, entre otros objetos de valor desconocido para su dueño, los polvorientos diarios de Pau de Vallfosca. El vendedor, semianalfabeto, había conservado los escritos como oro en paño; con supersticioso respeto a lo que, por incomprensible, representaba el súmmum de lo enigmático. Doble casualidad que su expoliador fuese hombre de saberes: hizo llegar el manuscrito –con fines puramente económicos, claro está– a un paisano que gozaba de alta estima entre las gentes de ciencia de la Barcelona de aquel tiempo, don Bernardo Morro, primer comentarista y universal propagador de los descubrimientos del infortunado Pau de Vallfosca.

Sin embargo, lo que había tardado siglos en asomarse a los postigos de la ciencia siguió palpitante, bajo sus ropajes fantásticos, en la mentalidad popular de los isleños. La leyenda del halcón de pecho blanco conoció una nueva versión hacia finales del siglo XVII, cuando se difundió el rumor de que su presencia señalaba el escondrijo de tesoros. Y cuanto originalmente se cifraba en habladorías, pronto iba a adquirir rango literario

en algunas rondaies¹ que justificaban la vecindad entre la guarida de estas aves y ocultas riquezas con un argumento harto ingeniosa: los halcones de pecho blanco solo podían anidar al calor que desprendía el oro, elemento de origen solar.

Explicación tan deliciosamente ingenua, y a la par tan ocurrente, devino en verdadera catástrofe para la ya de por sí escasa población de halcones de pecho blanco que anidaba en las costas y colinas prelitorales de la comarca del Migjorn². Regimientos de campesinos hambrientos y crédulos emprendieron el registro concienzudo de los hábitats naturales de la rapaz, destruyeron nidos y aniquilaron sus polluelos con la violenta desesperación que todo necesitado derrocha, a falta de otras pertenencias que malgastar.

En 1891, un compañero de tertulia de Bernardo Morro, el folclorista catalán Pere Llopart, quien dedicaba los réditos generados por los telares familiares a la satisfacción de su prurito aforístico–anecdótico, viajó a Mallorca para proveerse de un buen arsenal de localismos. Las humedades del otoño insular reprodujeron en sus articulaciones el espectro de un reuma infantil nunca superado, de modo que acabaría por encaminar sus pasos hacia el balneario de Sant Joan de la Font Santa, en el Salobrar de Campos, en el Migjorn también. Mientras se reponía de sus dolores con ayuda de las aguas termales dispensadas por el establecimiento, escuchó una tarde cómo dos labriegos ponderaban las dimensiones del ave que uno de ellos había cazado («gran com un gall d'indi»: grande como un pavo). Del asombro compartido, el cazador pasó a manifestar su profunda decepción, pues no había encontrado ni asomo de oro junto al nido del animal, y añadió que sus malabarismos por el acantilado bien pudieron haberle costado la vida en propósito vano. Asociación tan insólita (ave y oro) despertaría la curiosidad insaciable de Llopart, que indagó sobre el asunto al defraudado pagès³, no sin reconfortar su frustración con unas cuantas monedas. El folclorista no aporta datos taxonómicos ni en puridad descriptivos sobre la rapaz, pero nos proporciona una información muy interesante, tomada de su guía local: a finales del siglo XIX, el halcón de pecho blanco se divisaba rara vez en Mallorca. Su población había sido diezmada, seguramente, por la persecución sufrida.

Hasta la década de 1960, un nuevo velo de desdén e ignorancia se cierne sobre el Falco rex. Pero he ahí que se verifican dos avistamientos

¹ Rondaia: cuento popular mallorquín de autor anónimo y temática fabulosa.

² Migjorn: Mediodía, el sur.

³ Pagès: en catalán, campesino.

puramente casuales –hay constancia gráfica– en el verano de 1967 y el invierno de 1969, ambos en la zona de Mondragó. En ambas ocasiones excursionistas aficionados, armados con sus cámaras fotográficas, captaron el vuelo majestuoso de la rapaz bajo las últimas luces del día, sin saberse protagonista de un excepcional redescubrimiento. Las dos instantáneas, dotadas de una nitidez admirable, realzan con su cromatismo en blanco y negro la gran mancha clara que luce el pecho del halcón, y no dejan lugar a dudas sobre su envergadura y porte.

La vecindad cronológica entre ambos avistamientos no puede tomarse como indicio de un brusco crecimiento de la colonia local de Falco rex. Algunos trabajos de campo efectuados con posterioridad –pocos, todo hay que decirlo– dieron exiguos resultados, si bien valiosos, caso del hallazgo de un nido abandonado cuyos huevos habían sido devorados, con toda seguridad, por algún mustélido.

Alcanzo así el momento de incidir en los hallazgos que mis propias campañas de investigación, iniciadas en el año 1965, han aportado al conocimiento sobre esta rapaz fabulosa y siempre enigmática..»

Fragmento a fragmento, mi discurso adquiere su versión final. Se acerca mi turno, el momento de irrumpir en la escena de los comediantes del saber.

Aprendí ese hablar impostado en tantos ratos de vida paralela, ilusoria, cuando la mente se despoja de su envoltura corpórea –la olvida, devanada en quién sabe qué labor menor– y se aventura en los cielos de la vanidad insatisfecha, sopesando con pedantería las pausas, los epítetos y los giros de su cháchara.

Muchos otros ansiaron infructuosamente vivir el instante en que serían llamados a formar parte del Reino de los Justos académico, el mismo que antaño se me antojara tan lejano, tan nebuloso como la muerte para un niño. Libaré las delicias de mi prosperidad final, que acabarán por revolverse en una plenitud menguada, en un mero espejismo del propio deseo de placer y de gloria que les dio el ser, como todo lo deseado con fervor descomedido; pero de algún modo servirán para excusarme de mis faltas. Pensaré que solo la borrachera de su néctar pudo hacerme abominable y así podré sentirme víctima de esta felicidad frágil, que me repara y eleva.

Tan solo un escalón separa a la masa de los ensalzados. Para mí, un salto de años y maldades que ahora salvaré sin apenas tiempo de pestañear. Ascenderé a la tarima, ella es la escena; allí aguardan los aplausos, el reconocimiento, el tan cacareado minuto de gloria. Seré el protagonista de una función teatral, absurda en su solemnidad: de puertas afuera, sobre las tablas del escenario, alguien –yo– fabulará sobre una porción ínfima de su existencia; de puertas adentro, entre candilejas y bambalinas reinarán el polvo y el sudor sobre ese mundo de trastos caóticamente arrumbados que conforman mis vivencias más íntimas, y cuyo cielo surca el sol del crimen.

Mirar tras el decorado de nuestras palabras inaugura un viaje al fondo de cuanto somos, de cuanto jamás hemos manifestado por temor al juicio ajeno. Heme aquí, pues, erigido en actor de esta impostura. Intentaré asumir la farsa con énfasis y grandeza, al estilo de los clásicos.

Será todo muy fácil. Responder a la salva de aplausos con el gesto satisfecho, pero orgulloso, de quien piensa o finge pensar que nadie regala nada. Todo está escrito, todo está acordado: «El Consejo Directivo del Círculo Científico Insular, en reconocimiento a sus méritos como investigador y a su trabajo en pro de la difusión del conocimien-

to de nuestra avifauna, ha acordado concederle la Medalla de Honor de nuestra centenaria institución...». Bastará entonces con desterrar el pasado, ayudado en la tarea del olvido por las nuevas sensaciones que entre aquellos muros beneméritos me aguardan.

¿Era esto cuanto deseaba?

Mi verdadera alocución debiera ser otra. Las furias de la memoria se han desatado antes de lo previsto y por ellas me debo a estas páginas, y se las debo a cuantos forjaron de un modo u otro esta farsa feliz de mi presente. Se trata en sí mismo de un relato absurdo, al nacer por su esencia y contenido sin más lector que quien lo escribe. A nadie tengo por corresponsal, emisario ni receptor, excepto a mí. Yo solo me basto y sobro en la tarea urgente de sondear los meandros de mi persona; de esbozar la panorámica fiel de una historia que en última instancia debe explicarse según su propia escala de necesidades y valores peculiares, intransferibles, y en atención a las premisas de una lógica ajena a la moral más al uso. Si cabe la posibilidad de este relajo, mi existencia se llenará de realidad y de sentido, para cifrarse, a falta de otros méritos, en un perpetuo afán de superación que se obstinó en salvar los escollos interpuestos por casualidades aciagas. De este modo, para mi solaz podré reconocirme como víctima, menos verdugo de cuanto otros pudieran juzgarme.

Inicio ahora mi más sincero discurso. Soy todo palabra, que ella suplante las mentiras cotidianas y despeje los horizontes de la verdad. Horizontes límpidos, sin tacha de doblez, como ese firmamento de azules puros bajo el cual descubrí que no solo la ciencia y la avaricia habitaban en mi interior.

I

Durante unos cuantos años viví un lapso de deleite y paz en aquella aldea del interior mallorquín, S'Alqueria de Sant Joan, junto a las calas de Mondragó, donde el sol arranca una paleta de destellos intensos, del cárdeno al dorado, sobre la faz agreste de escolleras y farallones.

Cabe puntualizar que me regocijaban placeres poco convencionales, apartado como estaba de otro gozo que no fuera la dedicación plena a mis observaciones ornitológicas, verdadero deleite sensual para quien esto escribe. Tampoco pude disfrutar nunca de una larga temporada lejos del mundanal ruido, pues hubo de fragmentarse la estancia entre sucesivos períodos primaverales y veraniegos, cuando mi propio proceso de formación académica lo permitía.

A pesar de las apariencias, la paz del lugar no era cierta. Más bien se trataba de un estado de hibernación; una cesura en las intrigas, pependencias, aflicciones y venganzas acumuladas por el aluvión de la historia, debida a partes iguales a la ignorancia y el miedo.

Ocasiones hay en que toda una comunidad sospecha de la existencia de una realidad oculta, que la falta de evidencias impide precisar con detalle. No me estoy refiriendo a ningún portento sobrenatural, es todo mucho más sencillo. Tal vez se trate de una amenaza presentida, quizá de una sospecha con nombre y rostro; es siempre una intuición difusa, cuya compañía conturba los ánimos y estanca la vida de las personas, para suspenderlas en una espera que puede hacerse eterna.

A veces ocurre también que a ese temor, o a esa inquietud o molestia oculta, se le antoja emerger de la sima de la realidad por efecto de una combinación de causas no premeditada; una acumulación espontánea de factores que, como el agua de escorrentía, sobrepasa las

condiciones del secreto –estas sí planeadas, como el diseño de los muros de una presa– para inundar el terreno de lo cotidiano. En tales casos, la verdad desvelada acomete de un modo salvaje y repentino, incluso si tarda en ser percibida. Cuando así ocurre, la epifanía de la verdad no puede deslindarse de la tragedia.

Lo cierto es que la explosión de aquella masa crítica de tramas, omisiones y secretos que fermentaba sus gases fétidos bajo la pátina de un orden secular impecable, no exento para el foráneo de ciertos rasgos bucólicos, se me desveló con toda su brutalidad una noche de junio de 1970, víspera de San Juan, mientras me reponía de un mal golpe del orgullo (más coloquialmente, de un ridículo como la copa de un pino).

El aperitivo de aquellos sucesos me fue servido el día anterior a la noche de autos, al mediodía, cuando regresaba a la posada local –*Sa Posada de Sant Joan*– después de mi jornada matutina de observación por los campos y pinares adyacentes a la Alquería. El mozo que ayudaba a ratos en el establecimiento salió a mi paso en el umbral mismo del caserón, feliz de poder servirme (o eso aparentaba su rostro jovial).

–Don Pablo, ha recibido una carta.

Y se marchó más contento que unas pascuas, concluida la misión y rendido el homenaje del trato de usted, del cual estaba apeado desde el primer día en que me saludó, *gracia* que por puro aburrimiento había desistido de recordarle infinitas veces después, tras percatarme de que el muchacho se sentía feliz con sus manifestaciones de servilismo.

Era la primera carta de Laura, mi esposa, en los dos meses que llevaba en la Alquería, mi quinta estancia veraniega en el pueblo.

El papel estaba cuidadosamente doblado, porque Laura apreciaba mucho las buenas formas, aun sin entenderlas; tampoco había intentado nunca discernir la razón de tanta compostura obligada, que ella asumía con la hondura de un trauma. Solo a su complejo de pobre –profundamente arraigado– y no a otro impulso se debía aquella fijación enfermiza por lo pulcro, equilibrado y formal, atributos que distinguían –así se lo refrendaba su cultura de folletín– como propios de los usos y costumbres de las capas superiores de la sociedad. Imitar los modos para emular la calidad, ¡qué creencia tan extendida en nuestra sociedad!

Sobre aquellas cuartillas pulcramente redactadas venía a visitarme una caligrafía vulgar hartamente conocida. En la redondez de los ca-

racteres se apreciaba la pobreza de atributos de su autora, siempre tan dubitativa, así de temerosa.

Para Laura, yo era todo un tesoro cuya propiedad amenazaba un sinfín de enemigos: mi extraña fijación por la naturaleza, mis temporadas fuera de casa, consagradas al trabajo de campo para mi tesis; mi propio trato equívoco, a menudo casi funcionarial, más propio de buen vecino que de amante esposo. Por mi parte, jamás vi en ella la joya que fuera a engalanar para siempre mi hogar. Confieso que su rostro y su presencia me reconfortaron hace ya muchos años, cuando la chiquilla rubia de finos rasgos y gestos candorosamente adolescentes visitaba al héroe maltrecho (yo mismo), convaleciente de las heridas recibidas en combate callejero (me habían descalabrado de una pedrada certera en un descampado junto al río Besòs, en las luchas habituales entre chiquillos del inframundo urbano); por aquellos días, único tiempo feliz con Laura en el bagaje de mis recuerdos, ella me leía en voz alta novelas de aventuras, con voz atiplada pero melodiosa, dotada de un sentido del ritmo ciertamente apreciable, que quizá fuera la manifestación estética de su culto al orden y la convención.

Hubo, qué duda cabe, tardes de dicha pasajera y efímera, las mismas que acabaron conmoviéndome por primera y acaso única vez: Laura disimulaba su orfandad interior valiéndose de una compostura más que estudiada, ¡y me transportaba tan lejos con sus bien timbrados relatos...! Sobre el bajel de sus palabras navegaba hasta un mundo pletórico, tan lejano del cosmos suburbial del barrio; hacia continentes oreados, donde bajo un lecho de verdor y placer se ocultaban los tesoros que iban a permitirme, ya sin reparos, perseverar hasta el fin de mis días en el placentero ejercicio de la soledad, mi tendencia natural más acusada. Pero aquellos periplos, como toda aventura que se precie, estaban plagados de celadas, la más peligrosa de todas una falsamente llamada amor, que confunde melancolía y pasión hasta apresarnos con los garfios de una promesa lanzada con temeridad desmedida a la ruleta de la vida futura.

Fueron tan solo palabras, vacías como la jaculatoria de un loro, insulsas cuando las proyecta el recuerdo.

Pasaron pronto las tardes de embelesamiento. Los encantos de Laura fenecieron por sí solos, de puro aburrimiento, cuando pretendió eternizarlos tras mi curación. Para entonces se había emborrachado en

los espejismos de un amor pueril, fruto de las mismas lecturas que me dedicaba, tan esencial para ella como incómodo para mí. Una debilidad emocional y pasajera –la del guerrero herido que al dejarse mimar descansa de su agobiante rol de hombre fuerte– me había embarcado en nuestro compromiso, tan descompensado en cariños que durante años vivió –y de ello continúa subsistiendo décadas después– gracias a los alientos que Laura se empeña tenazmente en insuflarle con esa testarudez irracional, tan primitiva, que demuestra en el campo de los sentimientos.

¿Por qué razón mantengo el pacto que mi voluntad reprobó hace tantos años? La respuesta es simple: en aquellos días, recién estrenada la adolescencia, las punzadas del deseo arremetían con la determinación desesperada de un toro bravo, hasta el punto de batir los muros de soledad tras los que siempre me he sentido cómodamente instalado. Nada hay ni hubo más aciago para mis convicciones robinsonianas que el celo perpetuo en que se encuentra nuestra especie (el alma vive funestamente ligada al cuerpo, como esos desdichados que los antiguos piratas etruscos abandonaban en playas desiertas, vivos aún, encadenados al cadáver de un compañero). Satisfacer esos impulsos exigía una transgresión: violar el sacrosanto voto de aislamiento que había abrazado como si de los estatutos de una hermandad secreta se tratara. Decidido a no malgastar mis energías en la persecución de ese desvelo eterno que es la hembra, más provechoso resultaba agenciarse la entrega de un cuerpo amable, y por ello refrendé y todavía refrendo, en la ficción de nuestros días, una palabra imposible y falsa. Por cuanto comporta de estratégica, supongo que mi decisión estuvo investida de una madurez prematura.

A la postre, si es utilizada con medida y tacto, la mentira rebaja los sacrificios que impone la naturaleza carnal, además de satisfacer el sentimentalismo vulgar de mi consorte.

¿Quieres ser querida, Laura? Créetelo. Solázate en la hipótesis poco plausible de mi amor oscuro, genuino aunque incomprensible para la candidez de tu mentalidad timorata, ignorante de las cosas del mundo exterior. Sugestiónate con la idea de que no por extraño es menos amor, de que cada cual ama como sabe o puede. Sueña, Laura, pues no estás hecha para la vida.

Así se nos han pasado los años, en una distancia cortés, más o menos acusada según la necesidad o las circunstancias, y la costumbre,

lejos de hacerse ley e incapaz de embaucarme con su lógica de repeticiones, se viste ante Laura con el disfraz de un cariño sereno, ornado con ademanes amables, cuya rutina tachonan nimios detalles de condescendencia, engañosamente parecidos a la ternura. Al mismo tiempo, la experiencia subjetiva desdibuja buena parte de sus tentáculos en los dominios del inconsciente, para aflorar más tarde bajo la máscara de una corazonada que facilita los entendimientos mudos y, de paso, apuntala nuestra farsa. Laura atribuye esas concordancias espontáneas a la «buena sintonía», una misteriosa comprensión surgida del perfecto encaje entre las cualidades de los amantes; es decir, a la recíproca atracción entre nuestras almas. Profesa una filosofía cómicamente simple: estaba escrito en las estrellas... Y como hizo Jerjes, se sirve de esta cadena de improbables certezas para azotar los Dardanelos que separan la realidad de sus dudas, en un ejercicio de autopunición pretendidamente solemne, zafio ante mis ojos.

He llegado a la conclusión de que la retórica sentimental de Laura revela cierto talante suicida; cuando menos, de autoconmiseración. ¿Qué otro sentimiento puede encubrir, sino desprecio hacia uno mismo, la claudicación que ha firmado entre mis brazos noche tras noche o en cualquier otro momento, cuando mis apetitos la requieren? Es la esclavitud fijada por el sino que ella misma se impuso un día y por ello actúa como una amante sumisa; lejanamente aplicada, como solo puede serlo quien cumple técnicamente con su cometido pero no pone ardor en la faena.

Mi esposa lo acepta por su fe ciega en nuestra predestinación. No hay contrariedad ni sacrificio que la asuste, pero ello no es obstáculo para que aspire a manumitirse, gracias a mi triunfo personal, del pasado mugriento del cual procede (el mismo que a mí me acosa, un terror de infancia del que nunca he podido desprenderme por el retrete del olvido). Compartimos, sí, una aleación de asco, rabia y miedo hacia el pasado, hacia nuestra infancia en el barrio gris, y también un ansia de huida siempre por culminar, incluso hoy que estamos tan lejos de su escenario. Quizá radique en esta vivencia común la única condición de posibilidad de una relación ficticia como es nuestra convivencia.

Habría querido explicar todo esto a una Laura capaz de comprender la profunda desgracia en la que al fin y al cabo me solazo, pero debemos huir de las empresas vanas como de la peste de los amigos hi-

pócritas. Sus fábulas de telenovela velan a mi esposa cualquier conocimiento veraz de la naturaleza humana, o de ciertos tipos dudosamente clasificables de la misma, entre los cuales me cuento. Mis razones son difíciles. Mi vida, como aquí se verá, aún más.

Aquel día de 1970, con su carta se iniciaba un nuevo acto de la farsa. Por entonces ya éramos actores veteranos, que habían representado la pieza en muchas veladas y tenían memorizado al dedillo el texto del sainete. Arriba el telón:

«*Amor mío:*

Empezábamos bien...

Ya sé que estás muy ocupado con tus investigaciones y no tienes tiempo de escribirme. Los días pasan muy largos sin tu presencia y tengo deseos enormes de hablar contigo. ¿No podrías llamarme por teléfono más a menudo?»

¿Quién dijo que la inocencia redimiría al mundo? ¿Quién sostuvo que los seres inocentes se hacían amar por sí solos, pese a su aislamiento frente a la realidad que los envuelve y relega a la inopia más profunda? Estaba harto de simplicidad, de párpados abiertos como terrazas por donde asoma el gesto mudo de la incompreensión, que sin palabras está rogando: repítemelo otra vez, por favor.

«Pero en realidad te escribo porque tu amigo Anselmo, que ya sabes que a mí no me gusta nada porque tiene pinta de matón y sinvergüenza, siempre viene tan maqueado y con esos modales como de señorito, muy amable pero muy chulo conmigo y supongo que con todo el mundo, se presentó el otro día en casa para saber si tardarías en volver. Dijo que pasaba por aquí y que entraba a saludar y de paso a preguntarme por ti. Estuvo cinco minutos y no le dejé pasar de la puerta, porque me da miedo, no sé por qué.»

No me costaba el menor esfuerzo verla parapetada tras la cadena de la puerta a medio abrir, como una virgen que ocultase al sátiro las prendas de su mocedad. Ni imaginármelo a él, jocosos en sus modales de quinquivenido a más por su condición de proveedor de las gentes respetables de cuentas multimillonarias; el traje cruzado a rayas con grandes solapas –la estética de todo *manguí* de nuestra generación, alimentada en los cines baratos donde proyectaban películas policiacas americanas de los años treinta– y una corbata de color ultrachillón. Su sonrisa de pórtico, repujada en oro, cortaba las rectas del bigote, que descendían finamente, como dos vetas de agua entre las fisuras del roquedo, hacia

la pequeña balsa rubia de la perilla. No faltaría el ramo de flores, por supuesto. Había que cumplir con las esposas de los socios y de paso recordarles, valiéndose del propio presente, quién era el amigo más generoso.

«Aunque me trajo un ramo muy grande y bonito que he puesto en el jarrón que nos regaló las Navidades pasadas, el chino.»

¿Cupo el ramo por la rendija que dejaba la cadena? Seguro que al final le abrió, a la fuerza ahorcan. En casa no teníamos más jarrón que el chino. Una pieza que, sin poder considerarse arqueológica, no hubiera decepcionado el gusto exquisito del coleccionista y costaría un dineral en cualquier subasta. Anselmo era un individuo de excesos, terriblemente generoso o enemigo implacable, según los casos; si el entusiasmo lo arrebatava, no existían medidas para su desprendimiento y se convertía en un Santa Claus extemporáneo, donante de regalos a diestro y siniestro sobre un público que se sabía seguro, ajeno a las iras del benefactor mientras recibiera su dádiva. Recurría a estas manifestaciones externas de largueza por una razón muy sencilla: no conocía otro modo de sentirse señor, de saberse poderoso y venerado. En su mente de barriobajero facineroso, la clase, el paternalismo y el dinero formaban una sola realidad; como la Santísima Trinidad, distinguible en valores particulares que a la postre eran versiones de una entidad indisoluble. Todo hay que decirlo, tanta dadivosidad le ocasionaba un coste económico nimio, cuando no nulo (sus regalos solían serle previamente regalados a él, por muy valiosos que fuesen). De cualquier modo, no era la suya una prodigalidad ciega, carente de mesura; alma de comerciante, Anselmo demostraba especiales dotes para la aritmética de la generosidad, expresada en el justo valor de lo que daba, siempre otorgado en proporción a lo antes recibido, y por ello, el jarrón chino indicaba la alta rentabilidad que nuestros tratos.

«Anselmo quería saber si podía telefonearte. Le dije que no, que no tenías ningún número donde ser localizado.»

También en esto la tenía engañada. Decididamente, era boba. Bastaban un par de excusas inverosímiles —«Ya sabes, en el campo hay malas comunicaciones, estoy en casa de un labrador que me acoge, te llamaré yo de vez en cuando, cuando baje al pueblo»— para que su candidez se acicalara de compasión y me juzgara lo más parecido a un héroe, absorbido por una ocupación ininteligible para sus luces. Ya se sabe que la falta de comprensión, lejos de turbar a las almas sencillas, despierta su veneración por lo incomprendido.

«Pero me llamó la atención su insistencia machacona en saber cuándo volverías o si había alguna forma humana de contactar rápidamente contigo. Me lo preguntó varias veces. Le dije si quería dejarte algún recado. Pero no quiso, volvió a insistir en que lo llamaras sin falta, lo antes posible. Parecía preocupado, porque a los cinco minutos de hablar su aire de chulería se le había pasado; incluso diría que estaba asustado. Yo no lo entiendo, ¿qué puede sucederle? Además, me dejó más preocupada a mí. ¿Verdad que no pasa nada, amor mío? Llámame pronto para tranquilizarme.»

Una situación realmente insólita. ¿Anselmo nervioso? Con el paso de los años, como sus transacciones económicas funcionaban a entera satisfacción y su prestigio de hampón, vengativo y cruel, había generado un más que saludable miedo en cuantos lo conocían y trataban, el carácter de Anselmo, tan hosco y avasallador durante su niñez y primera juventud, se había temperado de modo notorio por la ausencia de contrariedades, si bien dentro de los necesarios márgenes de acritud y violencia, que a menudo se convertían en la mejor pauta de relación con la grey de perdularios que lo rodeaba. Su reputación se labró primero a puñetazos (derroches de juventud), más tarde a punta de pistola. Ni en comisaría se habría alterado su serenidad (allí menos que en ninguna otra parte, pues buenos contactos no le faltaban en los medios policiales). ¿Que parecía asustado? Pocas personas he tenido oportunidad de conocer con un temple tan firme como el suyo. Pero toda la simplicidad que Laura demostraba para conmigo se trocaba en agudeza cuando examinaba las reacciones de sus iguales, los que habían trotado por las calles sin barrer entre lapos, basuras y ropa vieja heredada de los hermanos mayores. Algo estaba ocurriendo; si Anselmo se asustaba o parecía nervioso, la situación era de gravedad extrema, porque el tigre solo teme al fuego. De súbito me invadió la angustia de verme cerca de una trampa inesperada del destino, como quien despierta de una siesta en el monte incendiado para asistir a su propia asadura.

Me sentí bruscamente alterado. Había que adelantarse a la vorágine –pero, ¿a qué vorágine?– si todavía era posible. O escapar de la misteriosa catástrofe, si el holocausto ya se había declarado. Pero, una vez más, ¿qué holocausto?

Leí con avidez el resto de la carta, exprimiendo cada una de sus frases insulsas con el temor de descubrir nuevos peligros tras la semblanza ingenua de las palabras. No parecía contener más motivos de

sobresalto: se cifraba en un memorándum de trivialidades cotidianas, chismorreos, meditaciones abstrusas, toda una teoría de la banalidad aplicada en ejemplos prácticos en tan solo veinte líneas, magnífico ejemplo de suma y concisión de la nada absoluta.

Soy un hombre inclinado al soliloquio. Decía mi padre que me distraigo «con diez de higos», pero lo que sucede en realidad es que me arrebatara una desconfianza basal hacia todo, por ello someto cualquier pensamiento a la perspectiva de un forense, para diseccionarlo en su significado, lógica e implicaciones. Paradójicamente, en esos momentos de ensimismamiento soy presa fácil para la sorpresa, pues no paro mientes en los riesgos derivados del entorno: allí donde me sorprende la cavilación, permanezco quieto durante el tiempo que haga falta, indiferente como una estatua por pura displicencia ante todo cuanto no sea mi propio trajín mental. Así, varado en una de las sillas de enea del amplio zaguán de la hostería, carta en mano me sorprendió Tomeu, el posadero.

(Tomeu era de mediana estatura, ancho de espaldas, cetrino; no habría pasado hacía mucho la cincuentena y lucía un grueso bigote, ya canoso. Parecía una persona tranquila, sobre todo abnegada en su ocupación de hostelero, a la cual dedicaba todas las horas del día. Conmigo era amable; con sus paisanos, más bien arisco, y todos le reconocían cierta preeminencia social en la alquería, en tanto que vástago del hombre de confianza del difunto don Joan Font, cacique de estas tierras; de su padre había heredado la propiedad del establecimiento, o cuando menos, la propiedad nominal. Desde el primer día en que estuve alojado en la posada dudé de la rentabilidad de un negocio que se hallaba siempre semivacío, cuando no por completo desierto; mayor fue mi sorpresa al buscar su referencia en folletos y guías turísticas, que la omitían. Oficialmente, *Sa Posada de Sant Joan* no existía. Pero estación tras estación, año tras año volvía yo para reencontrarme con mis aves, y allí seguía mestre Tomeu con su simpatía discreta y respetuosa, sin el menor asomo de preocupación ante la escasez de huéspedes.)

Quería pedirme un favor: ¿podía acompañar a sus otros dos huéspedes, la mañana siguiente, a una excursión a caballo hasta el paraje de la antigua venta? Eran visitantes de postín, continuó Tomeu, por quienes se había interesado don Carlos (el dueño de todo y de todos en aquel villorrio perdido en la garriga); pero se encontraba el amo en Barcelona, por asuntos particulares, y no regresaría hasta mañana al

mediodía. Entre tanto, ambos –Tomeu y, sobre todo, don Carlos– me agradecerían si podía distraerlos.

(Los había visto la noche anterior, casualmente y de refilón, mientras cenaban solitarios en el comedor. Ella era una mujer aún joven y de rostro ortogonal, o así se lo pareció; él, un hombre mayor que ella pero aún lejos de la vejez, mucho más voluminoso también. Iban vestidos con una distinción campechana, al estilo sport.)

No fue superior la capacidad de embarullar del posadero a la cojera de reflejos, tanto físicos como racionales, que suele lastrarme al salir de mis trances reflexivos; lo cierto es que la suma de ambas resultó devastadora. Si no me viera en ocasiones tan menguado por mi propia energía meditativa, no habría destreza ni celada capaz de comprometerme a nada. Pero cedí por efecto de la tontuna, como no podía ser de otro modo en tales circunstancias, sin una noción clara del compromiso adquirido.

A fuer de sincero, a mi falta de reflejos se sumó una brizna de interés: convenía estar a bien con don Carlos, no me fuera a prohibir el tránsito por sus fincas, lo cual hubiera representado un golpe mortal para mi trabajo de campo.

Los reparos llegaron luego por sí solos, cuando comprendí que tendría que dar cháchara a dos desconocidos, tal vez absolutamente desinteresados por mis temas de conversación sobre la legendaria historia del lugar adonde nos encaminaríamos.

Para celebrar mi metedura de pata, permanecí el resto del día encerrado en mi cuarto, dedicado con una intensidad desesperada a pasar registros en limpio, calcular frecuencias estadísticas, anotar observaciones destacadas, retocar dibujos de mi cuaderno de campo... Con esta actividad frenética pretendía compensar las horas que mis obligaciones de eventual anfitrión y cicerone iban a robarme al día siguiente. Solo salí un par de veces a orinar al escusado del pasillo, y bajé a recepción el instante necesario para pedir que me subieran un bocadillo y una botella de agua mineral (Tomeu, siempre tan atento, me envió dos de cada). Con la renuncia a cenar en el comedor me evitaba el forzoso encuentro con la pareja; ya me bastaba con una condena.

Y después del frugal condumio seguí trabajando hasta que los párpados se me cerraron de sueño.

Tempus fugit.